

FERNANDO INCIARTE: IN MEMORIAM

ACERCA DEL ORIGEN DE UN ARTÍCULO PÓSTUMO DE UN FILÓSOFO QUE QUISO SER ARQUITECTO

José Manuel Pozo Municio

Este artículo de Fernando Inciarte (1929-2000) –‘Tito’–, es uno de los últimos que dejó ‘acabados’, pues faltaba tan sólo –de ahí las comillas– determinar las imágenes con que debía ilustrarse, que no llegamos a seleccionar¹. El texto muestra la inagotable curiosidad intelectual de este filósofo, siempre interesado por todo, y en particular, como ahora señalaré, por el arte y la arquitectura.

Quiero que estas líneas con las que introduzco su artículo no sirvan sólo para recordar de algún modo su figura amable, o ponderar la admiración que despertaba esa inagotable avidez de saber en quienes tuvimos la fortuna de tratarle. Hay otros dos motivos para hacerlo; el primero, que de algún modo soy ‘culpable’ del escrito, y deseo explicar por qué; el otro, tiene que ver con el propio autor y con esa inclinación hacia la arquitectura que apuntaba unas líneas más arriba.

Comenzaré por esta segunda idea, que además es, a fin de cuentas, el origen de la otra consideración.

La afición hacia la arquitectura le venía a Tito de familia, pues su padre, Fernando Inciarte Córdoba (1890?-1935), fue arquitecto; y no sólo eso, sino que, tal vez por afán de emulación, antes de determinar dedicarse a la filosofía, él mismo pensó en serlo; idea de la que le hicieron desistir, entre otras cosas, las razones y consejos de García Mercadal, buen amigo de su padre; pues fue este arquitecto aragonés, según me contó el propio Tito, quien, al ver, en las frecuentes visitas a su casa, que no era buen dibujante, consiguió desanimarle. A pesar de lo cual, o precisamente por eso, mantuvo siempre una notable inclinación hacia la arquitectura, tema del que hablaba con agrado.

Esa atracción que ejercía sobre él lo arquitectónico lejos de menguar, con el paso de los años se acrecentó, alimentada por la insaciable curiosidad por conocer y aprender que caracterizó su vida, que le llevaba a interesarse vivamente por los edificios en los que apreciaba fuerza o novedad, tanto antiguos como recientes; lo mismo en las ciudades a las que viajaba por primera vez, por las que le gustaba pasear, que en las nuevas obras con cierta ambición que veía levantar en las que conocía bien, como le había sucedido con frecuencia últimamente en Alemania, donde residía desde hacía muchos años. Su curiosidad arquitectónica era tal que salir a pie a la calle con él resultaba arriesgado si se debía llegar a tiempo a algún sitio, pues era inevitable que se fuese deteniendo a contemplar y comentar los distintos edificios, ponderando en ellos las cosas que le llamaban la atención, por más que los conociese de sobra.

Su padre, como apuntamos, fue arquitecto, miembro de una de las promociones que nutrieron la llamada ‘Generación del 25’; Agustín Aguirre, Sánchez Arcas, Domínguez y el mencionado García Mercadal se contaron entre sus compañeros y amigos (aunque una enfermedad pulmonar que padecía, le hiciese perder algún año, y tardase más que ellos en terminar la carrera); al acabar trabajó algunos meses con Zuazo, y después con Otamendi, decorando los interiores del Banco Guipuzcoano en la Gran Vía madrileña; sin embargo, a pesar de haber estado relacionado con personajes tan importantes de aquellos años, su nombre no aparece entre los de quienes contribuyeron a introducir en España el lenguaje de la modernidad, pues no tuvo tiempo de llevar a cabo un volumen de obras apreciable, pues terminó la carrera en 1920, cuando en España, por la situación económica, se construía poco, y falleció joven, en febrero de 1935, a causa de la afección pulmonar que arrastraba. Pese a todo, en ese breve lapso de tiempo pudo llevar a cabo algunas obras pequeñas no exentas de interés, de las que su hijo conservaba vivo recuerdo; especialmente de las viviendas que construyó en Madrid, en la calle Ibiza, que aparecieron



Fig. 1. Fernando Inciarte.

1. Fernando Inciarte Armiñán falleció el día 2 de junio de 2000, en Pamplona, a consecuencia de una dolencia cardíaca que le sobrevino repentinamente.



Fig. 2. Casa de la calle Ibiza nº 21. Madrid.



Fig. 3. Casa de la calle Ibiza, nº 17. Madrid.

recogidas en aquellos años en la revista *Arquitectura*²; eran dos viviendas unifamiliares, de líneas sencillas, pertenecientes a aquel género de ‘modernidad’ de corte holandés que caracterizó también a los proyectos de arquitectos contemporáneos de Inciarte como Bergamín, Blanco Soler y otros miembros de la incipiente vanguardia arquitectónica de los años treinta, frustrada en sus ilusiones por la crisis económica y el extravío cultural que siguieron a la Guerra Civil española.

Según recordaba su hijo, Inciarte (padre) pensaba que en aquellos años la expansión urbanística de Madrid se iba a producir hacia el este y no hacia el norte, por Serrano y la Castellana, como de hecho se produjo, pero se equivocó en sus previsiones; de modo que mientras la Colonia el Viso, de Bergamín, fue un éxito, la iniciativa que su padre puso en marcha al otro lado del Retiro no salió adelante, y se quedó en esos pocos ejercicios que conocemos, que sin embargo nos permiten defender que, de no haber truncado su vida la enfermedad que padecía, posiblemente figuraría en el elenco de los ‘Arquitectos dignos de mención’ de aquellos años.

Esta extensa digresión acerca del padre de Tito, fallecido siendo él muy joven, se justifica para destacar el peso que siempre tuvo en su recuerdo la idea de su padre en cuanto arquitecto, así como para justificar su familiaridad con el clima de inquieta búsqueda estética e inconformismo que caracterizó a aquel grupo de arquitectos, que ha quedado para la historia como la incipiente vanguardia, a los que él conoció como amigos de su padre.

De todo esto hablamos extensamente, mano a mano, en largas conversaciones, durante su convalecencia en Pamplona, sentado él en el borde de la cama de la Clínica Universitaria de la Universidad de Navarra, yo a su lado. Había llegado a Pamplona proveniente de Munster (Alemania), donde ejercía la docencia, para tratarse de una afección cancerígena —por la que en Alemania le habían deshauciado—, de la que se repuso sorprendentemente; aunque para eso debió pasar más de seis meses aquí, felizmente para mí. En ese tiempo, una vez descubierta su afición por la arquitectura y conocedor de su valía como filósofo, se me ocurrió recabar su opinión y consejo acerca de unos artículos en los que me había atrevido a hacer audaces incursiones en el terreno filosófico, tratando de justificar algunas intuiciones personales acerca de los orígenes y la fundamentación intelectuales de la vanguardia arquitectónica europea de los años veinte y treinta; pues desconfiaba bastante de mis elucubraciones y de la interpretación que hacía de ciertas ideas y conceptos filosóficos, y deseaba su opinión para atemperar mis juicios.

Así fue como, sin quererlo, provoqué el artículo que aquí se recoge, pues ‘Tito’ lejos de limitarse a leer pacientemente lo que le ofrecía y a darme su opinión, comenzó a entusiasmarse con las cuestiones que tratábamos, y me pidió que le facilitase diversas obras y textos que surgían en las conversaciones que mantuvimos con ocasión de los recuerdos de su padre y de los escritos que le presentaba; Panofsky, Gropius, Mondrian..., fueron objeto de su curiosidad y de infinidad de comentarios; pero no se paraba ahí, pues, además de pedirme que le proporcionase libros en los que ver qué se hacía ahora, y en qué terreno se movían la arquitectura y el urbanismo actuales, llegó a interesarse por las teorías más recientes, como, por ejemplo, las que Koolhaas había vertido en su obra *S, M, L, XL*³, publicación que también consultó ‘Tito’ en esos días.

Sirvan por tanto estas líneas no sólo de presentación y justificación de sus palabras sino también de homenaje y agradecimiento.

2. *Arquitectura*, nº 120, mayo 1929, pp. 167-169; una de las casas fue la vivienda del propio arquitecto, la otra, la de su hermano.

3. KOOLHAAS, Rem; *Small, Medium, Large, Extra Large*; Rotterdam, 1995.